

Estudios sobre el libro del profeta Sofonías

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - Observaciones preliminares	3
2 - Capítulos 1 al 2: El gran día de Jehová	6
2.1 - Capítulo 1: El juicio general que recae sobre toda la creación; sobre Judá y Jerusalén; sobre los hombres vivos.	6
2.1.1 - El juicio general que recae sobre la creación (v. 2-3)	6
2.1.2 - El juicio de Judá y de Jerusalén (v. 4-13)	7
2.1.3 - El juicio de los vivos (v. 14-18)	12
2.2 - Capítulo 2: El juicio del Israel apóstata y de las naciones. La forma- ción de un Remanente	13
2.2.1 - Israel apóstata. Se preserva a un Remanente fiel (v. 1-3)	13
2.2.2 - El juicio sobre los filisteos (v. 4-6)	15
2.2.3 - Moab, los hijos de Amón y los etíopes (v. 8-12)	17
2.2.4 - Nínive (v. 13-15)	18
3 - Capítulo 3: El juicio y la restauración finales	19
3.1 - Jehová como Juez en medio de Jerusalén (v. 1-7)	19
3.2 - La indignación de Dios contra las naciones es la señal de la liberación del Remanente de Israel y del Remanente de Jerusalén (v. 8-13) . . .	22
3.3 - La gloriosa restauración del pueblo bajo el reinado del Rey de Israel (v. 14-20)	26

1 - Observaciones preliminares

El libro de Sofonías presenta 2 particularidades. Ya no separa, como otros profetas, al pueblo de Israel de las naciones, en el sentido de que impone un mismo juicio tanto sobre él como sobre ellas, pues, al compartir las mismas características que el hombre caído y, en particular, la idolatría, deben sufrir una sentencia común.

Pero Dios –y esta es la segunda particularidad de nuestro profeta– *separa* de la masa a aquellos a quienes quiere salvar. Así se forma el *Remanente de Israel*. Sofonías no nos habla de un Remanente de las naciones (o, más bien, solo aborda este tema de forma incidental, 2:8-10), aunque este último forme parte del plan de Dios para el futuro; mientras que otros profetas mencionan el restablecimiento de los cautivos de Moab y Amón, de Elam y de Egipto, es decir, la formación de un «Remanente» de estos pueblos que participará en la Restauración final (Jer. 48:47; 49:6, 39; Ez. 29:14).

Nuestro profeta anuncia únicamente que, aunque Israel comparta el mismo juicio que las naciones, la gracia de Dios sacará de este pueblo condenado *un pueblo nuevo*. Su formación y su bendición eterna confieren al libro que nos ocupa un carácter de incomparable frescor.

El «Remanente» es fruto de un «*despertar*» en medio del pueblo incrédulo. Los «despertares», como hemos señalado en otros escritos, nunca frenan el declive ni cambian en modo alguno la situación de la mayoría del pueblo. Dios tiene 2 objetivos al provocarlos: el primero es suscitar un *testimonio*, cuyo rechazo hará que el pueblo sea inexcusable; el segundo, como acabamos de ver, es apartar, con vistas a la futura constitución de un nuevo pueblo, a un cierto número de fieles que han servido a Jehová en medio del declive y de la apostasía general. El fruto del Despertar se convierte así en la raíz del *pueblo de Dios*. Es en el Remanente donde vemos concentrarse el cuidado de Jehová; es a él a quien Dios preserva en medio de la gran tribulación, de la terrible “angustia de Jacob”; a él es a quien separa de la nación apóstata condenada a la destrucción final; por último, es en él donde se concentran los rasgos del pueblo futuro, un pueblo de voluntad libre cuya juventud brotará como el rocío del seno de la aurora (Sal. 110).

El Remanente, al principio pequeño y despreciado, crecerá y se convertirá en una nación innumerable como las estrellas del cielo y la arena de la orilla del mar; este pueblo rodeará el trono del gran Rey en Jerusalén y ejercerá dominio sobre todas las demás naciones. De entre estas últimas, una gran multitud que nadie podrá contar (Apoc. 7) se someterá, por la fe, al cetro milenarista de Cristo, mientras que aquellos de

entre los pueblos que no hayan sido destruidos durante la aparición de Cristo, solo se someterán a Él con “labios mentirosos” (vean [Sal. 18:44; 66:3](#)). Serán aniquilados durante la rebelión final provocada por Satanás, liberado de su prisión al final del Milenio, rebelión que precederá a la llegada del *día de Dios* ([Apoc. 20:7-9; 2 Pe. 3:12](#)). No será así para el pueblo de Jehová: formado por el Remanente, «*todo Israel será salvo*» ([Rom. 11:26](#)). Aquellos de entre estos que sean «impíos» (pues el Milenio no es el día *eterno* en el que todo será perfecto) serán «De mañana destruiré a todos los impíos de la tierra» ([Sal. 101:8](#)).

Ya lo hemos dicho: la formación de un Remanente es siempre el resultado de un Despertar. Así es como se formará este Remanente en Jerusalén, en medio del pueblo judío que ha vuelto a la incredulidad en Palestina ([Dan. 12:3, 10](#)). Es digno de mención que, al hablar exclusivamente de este «Remanente» profético de Israel, Sofonías sea llamado a profetizar durante el último Despertar de este pueblo mencionado en la Palabra, bajo el reinado de Josías.

Sofonías, si es que él mismo es de estirpe real, como se cree, desciende del rey Ezequías. Así, bajo Josías, se reanuda el Despertar de la época de Ezequías, cuando se pierden las bendiciones concedidas a David, y el propio Sofonías se convierte en el instrumento para proclamar el Despertar profético y la formación de un Remanente entre el antiguo pueblo de Dios. El avivamiento bajo Josías se produjo con el hallazgo del libro de la Ley. Josías leyó en él que la ira de Dios se había derramado sobre Israel porque “los padres no habían guardado la Palabra de Jehová para hacer todo lo que estaba escrito en este libro”. Entonces el rey «consultó a Jehová por sí mismo y *por lo que quedaba* en Israel y en Judá» ([2 Crón. 34:21](#)). Hulda, la profetisa, anunció las *maldiciones* de Dios contra Jerusalén, pero añadió que, en virtud de la humillación de Josías, él, el jefe del Remanente sería *perdonado* (v. 23-28). Así pues, tenemos, en Josías, un tipo del tema central del libro de Sofonías.

Este Despertar final tendrá como objetivo preparar el corazón y la conciencia del Remanente para el reinado de Cristo, como *rey de Israel*; por eso Sofonías solo nos presenta a Jehová bajo este carácter: «Jehová es Rey de Israel en medio de ti» (3:15). Aquí no se trata, como en Isaías, Zacarías, Miqueas y otros profetas, de los sufrimientos expiatorios del Mesías y de las glorias que debían seguirles ([1 Pe. 1:11](#)), sino del *poder y de la venida del Rey* ([2 Pe. 1:16](#)), vencedor y triunfador que, tras haber *salvado* al pueblo de su elección, encuentra en él su deleite.

Por lo tanto, en la profecía de Sofonías se unen inmediatamente 3 hechos: **1.** La iniquidad y la idolatría del pueblo de Israel y de las naciones, y el juicio que recaerá

conjuntamente sobre todos ellos, aunque será mucho más severo para el Israel apóstata, que en un principio estaba separado de los gentiles idólatras. 2. La formación de un «Remanente» según la elección de la gracia. 3. El Remanente se convierte en el único verdadero Israel, reunido bajo el cetro del Rey Mesías.

Pero hay otros rasgos que caracterizan aún más a nuestro profeta: de principio a fin, cuando se trata del juicio, Sofonías habla del *día de Jehová*.

A lo largo de estos estudios hemos visto a menudo que ese día puede tener un cumplimiento parcial y preliminar (vean, por ejemplo, [Joel 1](#)). Aquí, en efecto, ese día se *presagia* en el terrible ataque de Nabucodonosor; pero, por muy espantoso que fuera ese juicio, no era más que una pálida imagen del día de Jehová. Además, Babilonia, agente *histórico* del juicio, *ni siquiera se menciona* en Sofonías, ya que este profeta tenía en mente el juicio *final* y no, como Habacuc, la conducta del justo, que vive de su fe durante los días del juicio histórico. El día de Jehová es, pues, ante todo, para Sofonías, un día *profético*, en el que Jehová, en lugar de emplear, como anteriormente, instrumentos de su venganza, juzgará *él mismo*. Por eso Sofonías omite el nombre de los caldeos, aunque *históricamente*, en este profeta, sean la única nación en el punto de mira para el juicio de Filisteas, Amón, Moab, Asiria y, por último, la propia Jerusalén.

El *día de Jehová* se denomina «el *día del Señor*» en el Nuevo Testamento. Es el día del juicio y de la venganza. El *día de Cristo* no tiene el mismo significado, pues es el día que esperan los cristianos, el día de su *aparición*, un día que pueden *amar*, al que invocan con temor del Señor, pero ante el cual no tiemblan (comp. con [Hab. 2:3, 16](#); [2 Tim. 4:8](#)). Amar su aparición es vivir con la esperanza de compartir su gloria, de obtener su aprobación cuando venga a repartir coronas a los suyos. Entonces sus testigos sufrirán una pérdida, o escucharán, ante el tribunal, estas benditas palabras: «Bien, siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu señor» ([Mat. 25:21, 23](#)). El día del Señor se refiere al mundo, el día de Cristo, a los cristianos. Es el mismo día, sin duda, pero con 2 caras: una dirigida hacia los réprobos y las tinieblas, y la otra hacia los elegidos y la plena luz de la presencia de Dios.

En Sofonías, Jerusalén, como lugar de nacimiento del Remanente, ocupa un primer plano en la restauración, aunque también se mencionan Judá y las 10 tribus. Pero, *dado que el Remanente es el pueblo*, solo se habla de él, y Sofonías nunca pronuncia las palabras «mi pueblo», tan frecuentes en otros profetas para referirse al conjunto de la nación; mientras que al pueblo incrédulo se le llama «la nación sin vergüenza».

Estas observaciones preliminares contribuirán a facilitar la comprensión de los de-

talles del libro que vamos a abordar.

2 - Capítulos 1 al 2: El gran día de Jehová

2.1 - Capítulo 1: El juicio general que recae sobre toda la creación; sobre Judá y Jerusalén; sobre los hombres vivos.

2.1.1 - El juicio general que recae sobre la creación (v. 2-3)

«Destruiré por completo todas las cosas de sobre la faz de la tierra, dice Jehová. Destruiré los hombres y las bestias; destruiré las aves del cielo y los peces del mar, y cortaré a los impíos; y rareré a los hombres de sobre la faz de la tierra, dice Jehová» (v. 2-3).

Estos versículos anuncian un juicio *general*, en contraste con el juicio que afecta a Judá y a Jerusalén, en el versículo 4, pero también en estrecha relación con él. De hecho, el juicio de Judá es tanto más solemne cuanto que ha pecado de la misma manera que las naciones. La naturaleza de este pecado común se menciona en el versículo 17: «Pecaron *contra* Jehová», y los objetos destruidos por el juicio nos indican cuál fue la causa. En ellos encontramos las 4 grandes clases de seres vivos que, según la Biblia, conforman el conjunto de la creación animada: los hombres, las bestias (que incluyen el ganado, los reptiles y las bestias de la tierra), los peces del mar y las aves del cielo (*Gén. 1*). ¿Por qué esta destrucción? El capítulo 4 del Deuteronomio (v. 16-19) nos lo explica.

Jehová había ordenado a su pueblo que se guardara cuidadosamente de la idolatría de las naciones, pues, según dijo: «Ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra, figura de animal alguno que está en la tierra, figura de ave alguna alada que vuele por el aire, figura de ningún animal que se arrastre sobre la tierra, figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra»; y para que no «alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas» (*Deut. 4:15-19*). Tal había sido la práctica de las naciones que habían cambiado «la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles» (*Rom. 1:23*). Por eso, Jehová iba a destruir todas esos «tropiezos» (vean *Is. 57:14*), los animales y el hombre, a los que

habían convertido en ídolos, y eliminaría a «los malvados» que se habían entregado a su culto. Pero ¿qué sería de Judá?

2.1.2 - El juicio de Judá y de Jerusalén (v. 4-13)

«Extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los habitantes de Jerusalén, y exterminaré de este lugar los restos de Baal, y el nombre de los ministros idólatras con sus sacerdotes; y a los que sobre los terrados se postran al ejército del cielo, y a los que se postran jurando por Jehová y jurando por Milcom; y a los que se apartan de en pos de Jehová, y a los que no buscaron a Jehová, ni le consultaron».

Podríamos sorprendernos ver, en más de un pasaje de las profecías, las amenazas más severas proferidas contra el pueblo, precisamente en el momento en que un rey según el corazón de Dios viene a interrumpir la serie de reyes malvados de Judá; pero hay que recordar que los avivamientos, como los de Ezequías y Josías, no habían cambiado el estado moral del pueblo, tal y como atestigua el propio profeta. Lo mismo ocurre, por lo demás, con todos los avivamientos. Si bien son un llamamiento serio a los hombres para que se conviertan, su fracaso invariable demuestra que el mundo, decididamente, no quiere a Dios. Sin duda, los avivamientos producen, por la gracia de Dios, una pausa momentánea en la ejecución de los juicios, mientras Dios reúna almas mediante la predicación del Evangelio, y así el juicio, como vemos en nuestros días, aún no ha alcanzado su punto álgido. Es como el freno que frena la carrera, pero no impide que el carro llegue al fondo del valle.

Además, no olvidemos que, aunque el hombre eche de buen grado el velo del olvido sobre su pasado, este permanece íntegramente presente ante Dios. La idolatría de Judá, bajo Manasés, aun cuando el rey había sido restaurado por el juicio, esa idolatría no quedó en el olvido. Bajo Josías se llevó a cabo una *reforma*, pero no un verdadero arrepentimiento del pueblo. Nada estaba más lejos del arrepentimiento que la costumbre de conciliar el culto a los ídolos con el del Dios verdadero, un Dios que no puede soportar la iniquidad de «vuestras fiestas solemnes» (Is. 1:13). Por otra parte, los avivamientos son motivo de una inmensa bendición: se salvan almas, se apartan del mundo y forman un «Remanente» fiel en medio de la infidelidad general. Así será hasta el final. El Remanente judío y el de las naciones no tendrán otro origen que los Despertares provocados por la «enseñanza de la justicia» en Jerusalén (Dan. 12:3) y por el «Evangelio del reino» en Israel y entre las naciones (Mat. 24:14).

De hecho, la reforma de Josías no hizo más que convertir el mal estado moral del pueblo en uno mucho peor. Dios aborrece la idolatría, pero aborrece *aún más* la mezcla de su culto con el de los ídolos. Un corazón completamente ajeno a Dios, un alma sumida en las tinieblas y que nunca ha recibido una revelación directa de la luz divina, son menos culpables que aquellos que, conociendo la verdad, la asocian con las prácticas del paganismo; y no olvidemos que esta situación, de la que la casa judía sigue purificada hoy en día por un tiempo, se da actualmente en lo que se denomina el mundo cristiano. El severo juicio de Dios cayó en su día sobre Israel por haber celebrado una «fiesta para Jehová» (vean Ex. 32:5) en presencia del becerro de oro. Lo mismo ocurrió con los becerros de Dan y de Betel. El pueblo, al adorar a los ídolos, tenía cierto conocimiento del Dios verdadero, pero esa mezcla era precisamente lo que Dios aborrecía en Judá, y el avivamiento no había tenido para la nación más resultado que ese.

El culto a Baal ciertamente había perdido popularidad, pero sin desaparecer por completo, pues nuestro profeta habla del *resto de Baal* (v. 4); sin embargo, la *disminución* de la idolatría no supone un retorno a Dios. Personalmente, Josías había roto por completo con Baal y guiaba al pueblo por ese camino, pero este, deteniéndose a mitad de camino, había llegado a un compromiso. Los sacerdotes del Dios verdadero caminaban codo con codo con los sacerdotes de Baal (*camarim*); las túnicas blancas y las negras se cruzaban por las calles de Jerusalén. Otros cultos, menos burdos en apariencia, seguían seduciendo al pueblo. Estos «sobre los terrados se postran al ejército del cielo» (1:5), culto que Josías no podía controlar por completo ni prohibir. Ahora que la Ley había sido hallada en el templo, Israel había podido convencerse de lo que Dios pensaba de esas prácticas idólatras. La bondad de Dios había dado los astros «y viendo... y todo el ejército del cielo... te inclines a ellos y les sirvas» (Deut. 4:19; Gén. 1:14-17), y los hombres, tomando por señores a los astros instituidos para servirles, «se postran jurando por Jehová». Otorgaban a la criatura, a las cosas inanimadas, la misma autoridad que al Creador de los cielos y de la tierra. ¡Qué extraña aberración! Pero ¿de qué no es capaz el hombre pecador? ¡El pecado lo ha separado de un Dios al que ya no conoce! El profeta añade: «Jurando por Jehová y jurando por Milcom» (1:5). ¡Siempre la misma aberración! Se toma a Dios como testigo, pero también a Milcom, divinidad de los hijos de Amón (Jer. 49:1, 3); se jura a la vez por Dios y por el diablo.

Pero hay aún una cuarta clase de transgresores, más abominable que las demás: «Los que se apartan de en pos de Jehová, y a los que no buscaron a Jehová, ni le consultaron» (1:6). Se alejan, después de haberlo conocido, del Dios que dice: «Si

alguno se vuelva atrás, mi alma no se complacerá en él» (Hebr. 10:38-39). Apartarse de Dios era volverse hacia la perdición, elegir la Gehena en lugar de Dios. Una religión híbrida, que pretende conciliar el mundo y a Dios, conduce siempre, en última instancia, a ese pecado «voluntario» por el que «ya no queda sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y ardor de fuego que consumirá a los adversarios» (Hebr. 10:27). «Apartarse de Jehová», tal será la condición del pueblo judío apóstata en el último día. Tras haber recuperado por un tiempo el sacrificio continuo –el culto judío en su templo reconstruido– el pueblo se dejará seducir por los «prodigios de mentira» del «hombre de pecado» y «se deleitará en la injusticia» (2 Tes. 2:9). Estos incrédulos «sirven diligentes a otro dios», como se dice en el Salmo 16:4, «y se multiplicarán sus dolores». Un último rasgo los caracteriza: «no buscaron a Jehová» (1:6). Si hay algo peor que la impiedad que se levanta contra Dios, quizá sea la *indiferencia*. Para tales hombres, Dios es una *cantidad insignificante*. Absorto en las codicias del mundo, el pecador busca su atractivo para satisfacer las necesidades de su corazón, pues, a pesar de todo, al no poder estar sin necesidades, las orienta hacia el mal, sin darse cuenta de que así camina hacia la oscuridad de las tinieblas eternas. Tales hombres no se preguntan por Dios. Nos interesamos por un hombre cuyo nombre, valor moral o actos despierten nuestro interés; se quiere conocer hasta el más mínimo detalle de su vida, todo lo que concierne a su persona, a su entorno, a su hogar, a su familia; se desea conocer sus opiniones y sus discursos, pero, cuando se pronuncia el nombre de *Dios*, ¿quién se interesa por Él? ¡En verdad, la indiferencia es peor que el odio!

«Calla en la presencia de Jehová el Señor, porque el día de Jehová está cercano; porque Jehová ha preparado sacrificio, y ha dispuesto a sus convidados. Y en el día del sacrificio de Jehová castigaré a los príncipes, y a los hijos del rey, y a todos los que visten vestido extranjero. Asimismo castigaré en aquel día a todos los que saltan la puerta, los que llenan las casas de sus señores de robo y de engaño» (v. 7-9).

En los versículos 2-6, Jehová había anunciado que eliminaría todas las piedras de tropiezo entre las naciones y en Israel, así como a los hombres que cometieran esas abominaciones. Había insistido especialmente en el carácter agravante de la idolatría en Israel, que se atrevía a mezclar el culto a Dios con los ídolos. Ahora asistimos a la ejecución de la sentencia. Esta alcanzará en primer lugar a Jerusalén, pues la culpa se mide por los privilegios de que se disfruta.

«Calla en la presencia de Jehová el Señor» ¿Quién no ha presenciado ese silencio impresionante, precursor de una catástrofe atmosférica? De repente, cae el rayo, estalla el trueno; se levanta un viento impetuoso que arrasa con todo a su paso. Ese

silencio era el preludio de un huracán desatado que ya nada detendrá, la señal de algo inexorable. Lo mismo ocurre aquí. ¡No hay más excusas que presentar, ni arrepentimiento apresurado que buscar, ni súplicas que hacer! La sentencia, suspendida desde hace tiempo, se ejecuta de repente. Amós, al referirse a las mismas circunstancias –el juicio de Jerusalén por parte de Babilonia– también dice: «Calla» (6:10), pero cuando el juicio ya se ha *ejecutado* y no queda *nadie*. Aquí nos encontramos en el momento en que *está a punto de ejecutarse*, cuando, como dice Nahúm, “ya está decidido” (2:7). Cuando comienza el día de Jehová, ya es demasiado tarde y toda esperanza se ha perdido. En [Habacuc 2:20](#) se dice: «Calla» cuando, tras la ejecución de la sentencia, se ve a Jehová «en el palacio de su santidad». Él ha *establecido* su reino; habita de nuevo en su templo. El mundo entero reconoce que el juicio fue justo y comprende que era necesario para que *Dios fuera finalmente glorificado*.

Ese día terrible de Jehová –el día del Señor, el día del Hijo del hombre en el Nuevo Testamento– es *siempre* el del juicio. Encontramos aquí una cierta progresión en este término: «El día de Jehová está cercano» (v. 7); se trata, por así decirlo, del juicio *histórico* de Jerusalén a manos de Babilonia. «Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo» (v. 14). Esta expresión se extiende al juicio *profético* y final. «antes que el día de la ira de Jehová venga sobre vosotros» (2:2); el término abarca tanto el juicio presente como el futuro de Jerusalén y de todas las naciones. Como juicio profético, este día es la hora de la prueba que ha de sobrevenir sobre toda la tierra habitada, y la de la gran tribulación.

«Porque Jehová ha preparado sacrificio» (1:7). Encontramos la misma imagen en [Isaías 34:6-7](#), en [Ezequiel 39:17-20](#), en relación con los asirios, y en [Abdías 16](#), en relación con Edom. Es la gran cena de Dios de [Apocalipsis 19:17](#), pero aquí, en relación con el juicio histórico, ejecutado sobre Jerusalén por Babilonia, y precursor de un juicio más terrible en el último día. Nos resulta útil y beneficioso estar familiarizados con los juicios de Dios. Sin duda, en lo que a nosotros respecta, hemos aprendido que el juicio recayó sobre Cristo en la cruz, con el fin de liberarnos a nosotros mismos abriéndonos la puerta de la gracia; pero, lo repito, nos resulta saludable contemplar los juicios de Dios sobre el mundo, para que aprendamos a ser verdaderamente ajenos al orden de las cosas sobre el que recaerán. Así nos invadirá el temor de participar de alguna manera en la marcha del mundo, como Lot, a pesar de la perfecta seguridad que tenemos de estar a salvo de la ira que se avecina.

Por otra parte, no olvidemos que el sacrificio del juicio tendrá como consecuencia un banquete de prosperidad el día en que, en el monte de Sion y en Jerusalén, Jehová ofrecerá a las naciones «banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refi-

nados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados» (Is. 25:6-7). El día del sacrificio judicial, Jehová «castigaré a los príncipes, y a los hijos del rey, y a todos los que visten vestido extranjero» (1:8). Ellos eran, por mandato de Jehová, los líderes, los responsables de dirigir al pueblo. Aquí no se menciona al rey propiamente dicho, pues Josías, jefe del Remanente fiel, se encontraba a salvo según la profecía de Hulda (2 Crón. 34:27-28); se trata de sus sucesores. Estos se vestían con ropas extranjeras, al igual que quienes los imitaban. Adoptar las costumbres, incluso las externas, de las naciones, era adoptar su lujo (Amós 6:3-6), al que se sumaban necesariamente los acompañamientos morales de sus hábitos afeminados.

«Castigaré en aquel día a todos los que saltan la puerta, los que llenan las casas de sus señores de robo y de engaño» (v. 9).

El segundo castigo recae sobre aquellos que añaden a las prácticas supersticiosas (vean 1 Sam. 5:5) la violencia y el fraude, al igual que las propias naciones (Hab. 2:17). Todas estas cosas formaban parte de las costumbres de Babilonia, de la que Jerusalén se convertiría en presa.

Los versículos 10 y 11 anuncian la destrucción de Jerusalén a manos de los caldeos. El enemigo la invadirá por todos lados, pero esta calamidad acabará también con el comercio y con todas las riquezas del pueblo judío, un «pueblo mercader» que tenía las mismas costumbres y aspiraciones que el pueblo de Canaán o la multitud de comerciantes extranjeros. «Y habrá en aquel día, dice Jehová, voz de clamor desde la puerta del Pescado, y aullido desde la segunda puerta, y gran quebrantamiento desde los collados. Aullad, habitantes de Mactes, porque todo el pueblo mercader es destruido; destruidos son todos los que traían dinero. Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna» (v. 10-12). No quedará ni un solo rincón sin explorar en la capital, ni uno solo que escape al juicio de Dios. Sus hombres serán exterminados, y todo lo que contiene será entregado al saqueo.

«Castigaré a los hombres que reposan tranquilos como el vino asentado, los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal» (v. 12). El tercer castigo recae sobre aquellos que estaban acostumbrados a un descanso respetable que nada había perturbado jamás, aquellos que, al no haber sido trasvasados de un recipiente a otro, se creían a salvo de las calamidades (Jer. 48:11). El resultado de esa aparente calma y del descanso del que habían disfrutado durante tanto tiempo debería haberlos llenado de gratitud hacia Jehová. En cambio, decían: «¡Jehová ni hará bien ni hará mal!». Concluían, a partir de su bienestar, que Dios era indiferente al mal o al bien. Una conclusión espantosa, que no es otra que la de los incrédulos del fin: «¿Dónde está

la promesa de su advenimiento? Porque desde el día que los padres durmieron, todo permanece como desde el principio de la creación» (2 Pe. 3:4). Estos indiferentes, que se apoyan en su prosperidad material, niegan que Dios se ocupe de los asuntos del mundo y que haya una retribución por su parte. Todo su bienestar llegará a su fin para dar paso a la desolación; sus bienes, acumulados con paciencia, se convertirán en presa de otros; sus riquezas y su comodidad, por las que tanto se habían esforzado, solo servirán para enriquecer a sus enemigos (Amós 5:11).

2.1.3 - El juicio de los vivos (v. 14-18)

Los versículos 14 al 18 nos sumergen en los terrores generales del gran día de Jehová. Se apresura mucho, pero, aunque comience por Jerusalén, sus olas se desbordarán por todas partes. Será el juicio de los hombres sobre la tierra, llamado el *juicio de los vivos*. Entonces, cuando Jehová haga oír su voz, los más valientes temblarán de terror y lanzarán gritos amargos. Ese día tendrá 6 características:

1. Será, ante todo, un día de *furia*. La ira de Dios ya no se limitará a «revelarse desde el cielo» (Rom. 1:18), sino que se llevará a cabo.
2. A continuación, será «un día de congoja y de angustia.
3. Día de destrucción y desolación.
4. Día de tinieblas y de lobreguez.
5. Día nublado y de densa obscuridad.
6. Día de trompeta y de grito de guerra contra las ciudades fortificadas y contra los torreones» (LBLA).

Ese día se llamará: «*la angustia*». Como hemos observado a menudo en el estudio de los profetas, la angustia siempre se refiere al tiempo del fin, a la última media semana de Daniel, en la que los juicios caerán sobre el pueblo judío. Será «*la angustia de Jacob*», pero ese día alcanzará también a todas las naciones, para las que será el día de la prueba general y de la «*gran tribulación*». En ese día, los hombres caminarán como ciegos (v. 17). Se les enviará un poder de error para que crean en la mentira (2 Tes. 2:11). Ya no habrá para ellos ningún medio posible de liberación (v. 18), pues, dice el profeta: «*Han pecado contra Jehová*». Han amado la mentira, han cometido iniquidad, han despreciado a Dios, han pasado indiferentes ante su gracia, han considerado como nada la salvación de Jehová; han adorado a los ídolos,

se han contaminado con todas las abominaciones; ni una sola vez, arrastrados por sus concupiscencias, pensaron que Dios observaba toda su conducta; lo consideraban indiferente, cuando ya la tormenta de la venganza se cernía sobre sus cabezas. Actuaban como necios, «diciendo en su corazón: No hay Dios» (Sal. 14:1). Fíjense *en «en su corazón»*, no con la boca, pues, sin creer en Dios, aún se pueden seguir ciertas prácticas religiosas; pero actuaban y pensaban como si Dios no existiera. Gracias a Dios, no es así en el caso de quien piensa y actúa *por la fe*. La Palabra dice de él: «Es necesario que el que se acerca a Dios crea *que existe* y que recompensa a los que le buscan» (Hebr. 11:6).

En Sofonías, se trata del testimonio que Israel da a Jehová en medio de las naciones. *En su conjunto*, ese testimonio no había dado fruto, porque Israel, lejos de ser un pueblo apartado para Jehová en medio de una generación perversa, se había aliado *contra Dios* con aquellos que lo negaban o lo odiaban. Al igual que las naciones, Israel había «pecado contra Jehová» (vean Ex. 10:16); y su pecado había anulado su testimonio. Por eso, este pueblo fue juzgado en primer lugar.

Si el juicio del pueblo de Dios tiene como instrumentos a las naciones (v. 7-13), el juicio de las naciones vendrá directamente del cielo (v. 14). El *día de Jehová* reviste una gran importancia para nosotros, los creyentes. ¿No podemos aprender nada de las cosas que está a punto de destruir? Si bien es cierto, por un lado, como hemos dicho anteriormente, que no esperamos el día de Jehová, también es cierto, por otro lado, que esperamos el *día de Cristo*. Tal es el aspecto de ese día, en lo que *a nosotros* respecta, día en el que aquellos que han dado testimonio de Cristo recibirán una recompensa o sufrirán una pérdida, según el mayor o menor grado de fidelidad de su camino.

2.2 - Capítulo 2: El juicio del Israel apóstata y de las naciones. La formación de un Remanente

2.2.1 - Israel apóstata. Se preserva a un Remanente fiel (v. 1-3)

«Congregaos y meditaad, oh nación sin pudor, antes que tenga efecto el decreto, y el día se pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el furor de la ira de Jehová, antes que el día de la ira de Jehová venga sobre vosotros. Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová» (v. 1-3).

Es un llamado general a la nación incrédula y desvergonzada, justo en el momento en que está a punto de comenzar el día de Jehová. Las nubes amenazantes ya invaden el cielo, ya se oye la voz del trueno. ¡Quizá aún haya tiempo de escapar! Solo un instante, un último instante para arrepentirse y ponerse a salvo. ¡Cuánta paciencia tiene Dios, y cómo se ve claramente que *no quiere* el juicio, sino que quiere la misericordia!

«Congregaos». Es el mismo llamado que «convocad asamblea», de [Joel 2:15](#); solo que en Joel este llamado, que aquí solo encuentra a rebeldes, lo escuchan los fieles. El pueblo, la nación sin vergüenza, se reúne, pero con el propósito de resistir en el día de la ira a el «turbión del azote», con la idea de que no llegará hasta ella ([Is. 28:15](#)). Se reúnen para su juicio, así como Dios reunirá a las naciones con el mismo propósito (3:8). Daos prisa –dice Jehová– antes de que todas estas cosas os sucedan. Si esperáis hasta mañana, será demasiado tarde; el día habrá pasado como la paja dispersada por el viento.

«Buscad a Jehová...» (v. 3). Aquí encontramos por primera vez la mención de un «Remanente». En medio de la nación sin vergüenza se ha formado un grupo de *mansos*, la familia de los hijos del Reino, de quienes Jesús dijo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» ([Mat. 5:5](#)). Caminarán tras las huellas de su Maestro, que decía: «Soy manso y humilde de corazón» ([Mat. 11:29](#)). Estos pocos, pequeños ([Zac. 13:7](#)), pobres, despreciados, perseguidos, ocupan los pensamientos de Jehová. Los encontramos por todas partes, en los Salmos, en los Profetas, incluso en los Evangelios antes de que se formara un nuevo Cuerpo de creyentes, la Iglesia, mediante la muerte y la resurrección de Cristo. Podemos seguir la historia de estos mansos, desde el momento en que, tras el arrebató de la Iglesia, Dios restablezca sus relaciones con su antiguo pueblo de Israel, hasta el momento en que los introduzca, como su pueblo, ya reconocido, en la gloria de su herencia terrenal. Son los *sabios* de Daniel los que enseñan la justicia a la multitud y los que, tras haber sido perseguidos, martirizados, expulsados y odiados por todos, brillarán como el esplendor del firmamento, como las estrellas, para siempre y a perpetuidad ([Dan. 12:3](#)). Son los miembros de la congregación de Joel los que lloran entre el pórtico y el altar en el momento en que amanece el día de Jehová ([Joel 2:17](#)), y los que miran hacia Aquel a quien traspasaron ([Zac. 12:10](#)). El papel de estos pocos es inmenso; a cada paso nos los encontramos, dando testimonio en medio del pueblo sin vergüenza. Jehová piensa en ellos y los considera su tesoro especial ([Mal. 3:17](#)). En ellos descansan sus ojos.

Sin embargo, ellos también atravesarán el día de Jehová, pues soportarán el peso de

la ira gubernamental de Dios, por pertenecer a esta nación que rechazó y crucificó a su Mesías. Pero si la nación incrédula no se avergüenza de su delito, ellos sufrirán las consecuencias con grandes gritos y lágrimas. Comprenderán por qué han sido rechazados: “¡Libranos!”, dirán, “¡de la culpa de la sangre!” Considerarán justo el juicio que les ha sobrevenido, pero lo atravesarán *por la fe*, como vemos en Habacuc. Dirán: “¿Hasta cuándo?”, sabiendo que Dios no olvidará fijar para ellos la hora de la liberación. Contarán con su misericordia, como su único recurso. Comprenderán que «quizás» (el «quizás» de David, huyendo de Absalón como consecuencia de su culpa: 2 Sam. 16:12), «quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová» (v. 3). Ese «quizás» se convertirá en certeza en la hora de la liberación. Mientras esperan esa hora, “buscarán la justicia y la mansedumbre”. Su única preocupación, en estos tiempos calamitosos, será no perder de vista y poner en práctica en sus caminos –escrupulosamente atentos a preservarse del pecado– el carácter del Mesías al que pertenecen y contra el cual en otro tiempo fueron tan culpables.

Así, incluso en medio de la angustia, experimentarán lo que es estar a salvo, como antaño Israel, en la fatídica noche en que el ángel exterminador atravesaba la tierra de Egipto. Obedecerán esta palabra: «Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; *escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación*» (Is. 26:20). En el día de la gran persecución, asediados por todos, perseguidos por Satanás, encontrarán refugio en el desierto de los pueblos, y cuando muchos de ellos, testigos fieles, caigan como mártires bajo los golpes de sus *adversarios en Jerusalén*, serán ocultados en medio de las naciones que, de buena o mala gana, los cubrirán con su protección (Apoc. 12:6). ¡Qué fuente de confianza para su fe es ese «quizás» pronunciado por boca de Jehová! Los seguiremos, paso a paso, a lo largo de esta profecía, hasta el día del triunfo, del gozo y del descanso final bajo el cetro del Mesías.

Pero antes asistimos a los terrores del día de Jehová sobre todas las naciones que han esclavizado a Judá.

2.2.2 - El juicio sobre los filisteos (v. 4-6)

«Porque Gaza será desamparada, y Ascalón asolada; saquearán a Asdod en pleno día, y Ecrón será desarraigada. ¡Ay de los que moran en la costa del mar, del pueblo de los cereteos! La Palabra de Jehová es contra vosotros, oh Canaán, tierra de los filisteos, y te haré destruir hasta no dejar morador».

Las principales ciudades de la confederación de los filisteos, salvo Gat, reconquistada en su día por Ozías (2 Crón. 26:6), se mencionan aquí, con *juegos de palabras* sobre sus nombres, algo parecidos a los de Miqueas 1:10-16. A la nación de los filisteos se la llama: «Los que moran en la costa del mar, del pueblo de los cereteos» Se les denomina así también en Ezequiel 25:16. Los filisteos eran originariamente emigrantes de Creta y también se les designa como procedentes de Caftor (Amós 9:7; Jer. 47:4). Al llegar a Canaán, habitaron «la costa del mar», la ribera del Mediterráneo. Todas las profecías relativas a su destrucción aluden a su derrota, ya sea a manos de Faraón (Jer. 47:1), ya sea, en ese mismo capítulo y en nuestro pasaje, a manos de Nabucodonosor, o bien a manos de Alejandro Magno (Zac. 9:5-8). Pero estos acontecimientos históricos, al igual que todos los de la profecía, no son más que los precursores de una destrucción final en tiempos futuros, pues «ninguna profecía de la Escritura se puede interpretar por cuenta propia» (2 Pe. 1:20).

Al igual que tantas otras naciones, los filisteos reaparecerán para el gran drama del día de Jehová. La ruina de la «costa del mar» tendrá como resultado dar refugio al Remanente de Judá en los días de su tribulación. Nunca había ocurrido algo semejante. Sofonías nos lo dice expresamente en este pasaje: «Y será la costa del mar praderas para pastores, y corrales de ovejas. Será aquel lugar para el remanente de la casa de Judá; allí apacentarán; en las casas de Ascalón dormirán de noche; porque Jehová su Dios los visitará, y levantará su cautiverio» (v. 6-7). Es allí donde una parte del Remanente encontrará refugio para sus rebaños y un descanso asegurado en las ciudades devastadas de Filistea. Las palabras características: «Jehová... levantará su cautiverio» (2:7) siempre se refieren a los últimos días. Se trata de un término muy frecuente, una locución especial, traducida literalmente como “revertir el cautiverio” (*Shub Shebuth*), para designar *el regreso de todos los cautivos con vistas a su restauración definitiva*. Sin embargo, nunca desde la dispersión del pueblo judío ha tenido lugar un hecho semejante.

El regreso de Judá a su tierra, bajo el reinado de Ciro, no fue el regreso de todo el pueblo, sino un regreso parcial que no puso fin al cautiverio, ni siquiera parcialmente, pues Judá, tras regresar a su tierra, seguía sometido a las naciones, y estas continuaban hasta nuestros días “pisoteando Jerusalén” (vean Lucas 21:24; Neh. 9:36-37; Sal. 126:1 en contraposición al v. 4). El retorno parcial de Judá fue ordenado por Dios para que una parte de ese pueblo recibiera al Mesías en Judea y en Jerusalén. Si lo hubieran recibido, el “cautiverio se habría revertido” y el reino de Israel se habría restablecido. El crimen del pueblo al crucificar a Jesús puso fin, hasta los tiempos proféticos, a la esperanza de ver “revertida su cautividad”.

Esta expresión indica, por tanto, un acontecimiento totalmente futuro, y es de suma importancia señalarlo, porque la historia futura de Israel y el reino glorioso del Mesías son inseparables. La restauración final no tendrá lugar solo para Israel, sino también para Moab, Amón y otras naciones en los últimos días; sin embargo, se refiere especialmente al pueblo de Dios, al verdadero Remanente, como se puede comprobar en los pasajes indicados en la nota [1].

[1] Deuteronomio 30:3; Salmos 14:7; 53:6; 85:1; 126:4; Jer. 29:14; 31:23; 32:44; 33:7, 11, 26; Oseas 6:11; Joel 3:1; Amós 9:14; Sofonías 2:7; 3:20.

Por lo tanto, es evidente que esta estancia del «Remanente de la casa de Judá» se refiere al tiempo del fin, ya que leemos: «Porque Jehová su Dios los visitará, y levantará su cautiverio» (2:7). Y aunque la estancia de algunos “supervivientes” de Judá hubiera tenido lugar en Filistea tras la conquista de Nabucodonosor o de Alejandro (algo que la historia no nos revela), eso no cambiaría en nada el hecho enunciado por el profeta. La única pregunta que cabría plantearse sería a qué época de la “restauración” alude este pasaje, pues la restauración de Israel no se llevará a cabo en un solo día. En otro lugar hemos planteado la idea de que este hecho podría tener lugar durante el regreso del Remanente fugitivo de Judá a su país, “antes de la gloria”, es decir, antes de la aparición de Cristo y de la destrucción de las naciones reunidas en torno a Jerusalén, incluido el asirio. Esta idea podría ser cuestionada sin que ello cambie en nada lo que planteamos. Veremos en el capítulo 3 qué motiva nuestra afirmación. Una cosa es segura: durante el reparto milenar de la tierra de Israel, Filistea formará parte del dominio de Judá y de Benjamín (Ez. 48).

2.2.3 - Moab, los hijos de Amón y los etíopes (v. 8-12)

Lo que caracterizaba a Moab y a los hijos de Amón era, en primer lugar, *el ultraje* y los insultos con los que habían ofendido al pueblo de Dios; de este modo, hacían la guerra al *propio Dios* sin darse cuenta del alcance de ese cruel odio contra Israel. En segundo lugar, era *el orgullo* lo que les había impulsado a atacar las fronteras de la herencia del pueblo. Por ello, la venganza del día de Jehová se llevará a cabo sobre ellos por medio del Remanente: «El Remanente de mi pueblo los saqueará, y el resto de mi nación los herederá» (v. 9). Este hecho aún no ha tenido lugar en la historia y el castigo final sigue esperando a estas 2 naciones. Ni siquiera el asirio profético, cuando invada Palestina en los últimos días, los alcanzará ni los someterá

(Dan. 11:41), pues les está reservado otro destino. Edom sufrirá el mismo juicio (vean Abdías), pero aún más terrible, pues Edom será *aniquilado por completo* sin que quede “ningún remanente”, por un lado, por Jehová y, por otro, por Israel.

«Terrible será Jehová contra ellos» (v. 11). En efecto, esta subversión será terrible; sus dioses, Quemus y Malcam, de cuya protección los oímos jactarse tan a menudo, serán destruidos y no impedirán que la desolación extienda su cordel sobre ellos. Pero la maldición de estas naciones culpables no es la última palabra de Jehová respecto a ellas. Se verán obligadas a reconocer la supremacía de Cristo y a doblegarse ante Él. ¡Qué gracia que sea así, y que Dios no se limite al juicio de sus enemigos! Sin duda, sabemos que esta sumisión no será de “voluntad sincera” por parte de todos. Muchos hombres de entre las naciones, de entre los “hijos del extranjero”, se someterán a él de manera encubierta, prestándole una obediencia fingida (Sal. 18:44; 66:3), pero muchos otros, convertidos por «el Evangelio del reino» (Mat. 24:14), reconocerán el señorío de Cristo. Así, en la mayoría de las naciones se formarán unos “Remanentes” que participarán en la restauración universal. Las «tierras de las naciones», las regiones más alejadas de la ciudad del gran Rey reconocerán su supremacía, «se inclinarán a él todas las tierras de las naciones» (v. 11). Esto no excluirá en absoluto que, año tras año, los “remantes” de las naciones suban a Jerusalén para postrarse ante el Rey, Jehová de los ejércitos, y para celebrar la fiesta de los Tabernáculos (Zac. 14:16).

La espada del Señor golpeará también directamente a los etíopes (v. 12), en quienes Israel había confiado antaño y a quienes había recurrido para obtener ayuda contra el rey de Asiria (Is. 20:5-6).

2.2.4 - Nínive (v. 13-15)

Estos juicios llevan al Espíritu profético a centrarse en Nínive y en Asiria (v. 13-15). En la época en que Sofonías profetizaba, Nínive aún no había sido destruida. Por eso anuncia este acontecimiento memorable, la caída de Nínive –tema principal de la profecía de Nahúm– como un hecho futuro. Sin embargo, Sofonías dirige nuestra mirada, mucho más que Nahúm, hacia los últimos tiempos. En Nahúm, el Señor destruye Nínive, y con ella a Asiria, mediante instrumentos elegidos por Él, por «sus valientes», los caldeos (Nah. 2:3). Aquí, el juicio lo ejecuta Jehová mismo: es *él* quien extiende su mano hacia el norte, él quien deja al descubierto los paneles de cedro. No es que Nínive deba, más que Babilonia, renacer de sus cenizas en los últimos días. Su desolación es definitiva, pero la destrucción del Asirio histórico, abocado a

su perdición por la toma de su capital, no lo es, y la Palabra deja entrever aquí la aniquilación directa de ese poder, por mano de Jehová en los últimos días. Nínive se regocijaba, vivía segura y decía en su corazón: “¡Yo, y aparte de mí, ninguna otra!” Su confianza en sus propias fuerzas, su orgullo egoísta, que solo tiene en cuenta sus propios intereses, su *culto al yo*, que no concede a los demás ningún derecho rival, todo ello se convierte en la causa de un juicio aplastante. Esos mismos principios son proclamados a bombo y platillo en nuestros días por ciertas naciones, y conducirán a los mismos desastres.

3 - Capítulo 3: El juicio y la restauración finales

3.1 - Jehová como Juez en medio de Jerusalén (v. 1-7)

«¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada y opresora! No escuchó la voz, ni recibió la corrección; no confió en Jehová, no se acercó a su Dios. Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces, lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana. Sus profetas son livianos, hombres prevaricadores; sus sacerdotes contaminaron el santuario, falsearon la ley. Jehová en medio de ella es justo, no hará iniquidad; de mañana sacará a luz su juicio, nunca faltará; pero el perverso no conoce la vergüenza. Hice destruir naciones; sus habitaciones están soladas; hice desiertas sus calles, hasta no quedar quien pase; sus ciudades están soladas hasta no quedar hombre, hasta no quedar habitante. Dije: Ciertamente me temerá; recibirá corrección, y no será destruida su morada según todo aquello por lo cual la castigué. Mas ellos se apresuraron a corromper todos sus hechos».

El profeta pasa ahora de Nínive a Jerusalén, de una capital a otra. ¿Será el mismo el destino de ambas? Sin embargo, hay una gran diferencia entre ellas: «*Jehová está en medio*» de la segunda y nunca ha estado en medio de Nínive. ¡Ay! ¡Este hecho agrava la culpa de la ciudad de Dios! Por eso se pronuncia la “*¡Desgracia!*” sobre Jerusalén y en Sofonías solo se encuentra esta *única* «*¡Desgracia!*». A lo largo de nuestros estudios, hemos tenido a menudo ocasión de observar esta palabra en los profetas. Basta con recordar el “Cántico de las desgracias” del profeta Habacuc (2:6-20), dirigido íntegramente a los caldeos y a su rey, mientras que no queda *ninguna* «*¡Desgracia!*» para el justo que vive de su fe. Aquí encontramos la «*¡Desgracia!*» cayendo como un rayo único e inesperado sobre la vana profesión judía que lleva el nombre de Jehová, profesión contradicha por el carácter moral de quienes habitaban

en Jerusalén, la ciudad privilegiada entre todas.

Dios quiere realidades. Llevar su nombre y vivir como las naciones atrae sobre la profesión, ya sea judía o cristiana, un juicio sin reservas. «¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada y opresora!» (3:1). Tales han sido desde siempre los 3 rasgos de los hombres separados de Dios por el pecado, rasgos que cada uno puede controlar. Pero hay otros que solo están sujetos al juicio de Dios. Jerusalén, en relación directa con Dios, ya que él habita en medio de ella, en su templo, ¿qué muestra ante la mirada de Jehová que la escudriña? Observemos que, en Sofonías, Dios aún no ha abandonado su templo, como en Ezequiel. Todavía habita allí, pero ¿cómo podría permanecer allí si no es como Juez? «Jehová, en medio de ella *es Justo*» (v. 5). Sin embargo, él solo descubre en Jerusalén rasgos morales puramente negativos:

1. «No escuchó la voz», cuando Dios le habla a través de su Ley y de sus Profetas. ¡Cuántas veces se ha levantado de madrugada para clamar!: El que tenga oídos, que oiga. Ella permanece sorda a su Palabra, a pesar de tener oídos dotados de un oído muy agudo para escuchar lo que le dicen las naciones.
2. «Ni recibió la corrección». ¡Cuántas veces, tras ser reprendida, exhortada, disciplinada y castigada, se ha mantenido insensible!
3. «No confió en Jehová». Pone su confianza en el hombre, se lanza a los brazos de los peores enemigos de Dios y da la espalda a Aquel a quien debería considerar su único amigo. Carece por completo de *fe* y de confianza en Dios.
4. «No se acercó a su Dios», que, sin embargo, estaba a su alcance y era muy fácil de encontrar; pero Jerusalén, a pesar de las innumerables ventajas que le ofrecía la morada de Jehová en medio de ella, había preferido acercarse a los dioses falsos renegando de su Dios (3:2).

¿Qué es lo que descubre entonces Jehová en los dirigentes del pueblo? Fíjense en que la persona del rey no está más en cuestión aquí que en el capítulo 1:8, pues Josías era agradable a Dios y había recibido sus promesas (2 Crón. 34:27-28), pero, aparte de Josías, *los príncipes*, los dirigentes responsables del pueblo, eran «leones rugientes» (3:3): tenían el carácter del diablo, no el de Dios, y buscaban a quién devorar. Este rasgo, señalado por el profeta, se acentuará aún más en los últimos tiempos, cuando el pueblo haya elegido al Anticristo como su rey. *Los jueces* actúan todos juntos como lobos al atardecer para alimentarse por la noche de una presa, de la que no quedará rastro alguno al amanecer (Hab. 1:8). Entre *los profetas* solo se encuentra jactancia y perfidia. *Los sacerdotes* profanan con su presencia el templo donde habita

Dios y, violando la Ley, la adaptan a sus propios pensamientos. En nuestros días, la cristiandad infiel adquiere cada vez más este carácter. Los líderes espirituales tergiversan la Palabra de Dios, enseñan la incredulidad hacia Él y contradicen la enseñanza del Espíritu Santo. Su presencia y sus palabras profanan la Casa de Dios, la Iglesia del Dios vivo, columna y baluarte de la verdad.

Pero todos estos hombres no pueden eludir el hecho de que «*Jehová en medio de ella es justo*». Es justo y no puede admitir que el pecado entre en contacto con él. Si bien se ha complacido en venir a establecer su morada en medio de los hombres, no puede renunciar, de ninguna manera, a su propio carácter. Veremos, en el versículo 13, cómo reconoce lo que es de él, el fruto de su gracia, ese Remanente que él ha engendrado; pero es necesario que el mundo aprenda que Dios es un Dios santo que «no hará iniquidad» (3:5) y que, a medida que se produce el mal, pone de manifiesto el juicio que lo condena. Su presencia, en su casa, ha tenido y tendrá siempre este mismo resultado, ya se trate de Israel o de la Iglesia. Cuando se reconoce su gobierno, aunque sea de manera exterior y sin que la conciencia esté en juego, este principio se manifiesta; y cuando él tome las riendas de un gobierno abiertamente reconocido, en su reinado milenar, este principio seguirá siendo el mismo: «Cada mañana eliminará al malvado de la tierra» (Salmo 101:8). Cuando la iniquidad del pueblo le ha obligado a abandonar, como en Ezequiel, la sede pública de su gobierno podría parecer que “*duerme*” y permite que se cometa el mal sin prestar atención. Pero no nos equivoquemos: su gobierno, aunque oculto, su “reino en misterio”, siempre presenta las mismas características.

Los profetas nos han proporcionado pruebas más que suficientes de ello como para no volver sobre esto aquí. «No faltará» (3:5): si el mundo cristiano estuviera convencido de esta verdad, no se atrevería a cometer actos ambiciosos, injustos y pérfidos, y temería a un Dios que no puede negarse a sí mismo. «Pero el perverso no conoce la vergüenza» (2:5). Así se describe a Judá en el capítulo 2:1. Sentir vergüenza será siempre propio de un hombre pecador que se encuentra con Dios. Adán, tras su pecado, sintió vergüenza, pero se escondió. Como su conciencia no estaba afligida, seguía intentando engañar a Dios. Cuando la conciencia está verdaderamente conmovida, uno siente repugnancia por sí mismo, como Job, y el arrepentimiento –el dolor de haber ofendido a Dios– llena el corazón, pues el arrepentimiento es fruto de la fe, cosa que la simple vergüenza no es. Sin embargo, Dios tiene en cuenta este primer paso, por incompleto que sea, en el camino que conducirá al pecador hacia Él. «El perverso» no conoce ese *primer impulso*, por muy elemental que sea. Es más, el impío se jacta de lo que debería ser su vergüenza (Fil. 3:19). ¿Acaso no vemos cada

día a hombres que se jactan de su inmoralidad y de sus depravaciones, incitando a otros a hacer lo mismo que ellos, a seguir su ejemplo?

En el versículo 6, Dios muestra cómo había tratado a las naciones en el pasado, al igual que en el capítulo 1, versículos 16 y 17, declaraba lo que pensaba hacer con ellas en el futuro. Las había «*destruido*» (7). Partiendo de ahí, Dios hace un último llamamiento a Jerusalén. «*Ciertamente me temerá*» (3:7), le dice, pues el temor es el principio de la sabiduría. ¿Era eso pedirle demasiado? «No recibió la corrección» (v. 2); «recibirá corrección» (v. 7). No exige nada más. «No será destruida su morada según todo aquello por lo cual la castigué», como la de las naciones, “sea cual sea el *castigo* que te imponga” –pues ese castigo ya había sido anunciado (1:8-9, 12) y ya no podía revocarse– pero al menos, si Jerusalén daba un solo paso hacia Dios, no la pondría al mismo nivel que las naciones.

¿Qué fue de estos llamados, de estas apremiantes reprimendas, dirigidas hasta el último momento a este pueblo rebelde? La última palabra de esta insistente solicitud de Jehová hacia Israel es esta: «¡Mas ellos se apresuraron a corromper todos sus hechos!» (3:7).

3.2 - La indignación de Dios contra las naciones es la señal de la liberación del Remanente de Israel y del Remanente de Jerusalén (v. 8-13)

«Por tanto, esperadme, dice Jehová, hasta el día que me levante para juzgaros» (v. 8).

Los hombres de Jerusalén «*mas ellos se apresuraron a corromper todos sus hechos*» (v. 7), por lo que el juicio de Dios había caído sobre esos impíos. Ahora Dios se vuelve hacia las naciones. «*Esperadme... hasta el día que me levante*». ¡Ay, cómo desearían poder negarse a esperarle! Pero, les guste o no, tendrán que obedecer esta orden y encontrarse cara a cara con Jehová. Los judíos incrédulos se verán obligados, al igual que las demás naciones, a obedecer este llamado. También a ellos Jehová les había dicho: «*Congregaos*», cuando quería reunirlos en gracia (2:1): se negaron a hacerlo y serán incluidos en el juicio universal que alcanzará toda la tierra habitable.

«Porque mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo será consumida toda la tierra» (v. 8).

El día de Jehová, del que tanto se habla en nuestro profeta, amanecerá: la indignación, el ardor de la ira y el fuego de los celos se derramarán sobre todos, pues Dios es celoso al ver que su nombre es deshonrado y despreciado entre los pueblos (Nah. 1:2). ¿Qué sucederá después? ¡Oh, maravilla de la bondad y de la misericordia infinita de Dios! ¡La angustia conducirá tanto a un Remanente de las naciones como a un Remanente de Israel al puerto deseado! (Sal. 107:26, 30).

«En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento» (v. 9).

Las naciones serán bendecidas. Ya no será entonces lo que se nos presenta en el capítulo 2:11, una sumisión forzada a la supremacía de Cristo, sumisión que no implicará necesariamente la fe; no, será una sumisión de *corazón*, la sumisión de un «Remanente» de las naciones, de una «gran multitud, que nadie podía contar» y que recibirá a Jesús como Señor y como Rey (Apoc. 7:9). Entonces su lengua mancillada se transformará en una lengua purificada. Este cambio tendrá lugar bajo la acción del Espíritu Santo. En Pentecostés, lenguas de fuego purificador descendieron sobre los discípulos, y el apóstol Pedro citó al respecto la palabra del profeta Joel: «Sucederá en los últimos días, que derramaré de mi Espíritu *sobre toda carne*» (Hec. 2:17). En nuestro pasaje encontramos el cumplimiento futuro de esta palabra con respecto a las naciones, que los Hechos nos presentan como algo que ya tuvo lugar para la Iglesia. Por medio del Espíritu Santo, que les dará un solo corazón, los pueblos invocarán el nombre de Jehová, unánimes en servirle.

Ahora, Jehová, tras haber ejecutado el juicio, por un lado, sobre las naciones y, por otro, sobre los judíos –la «nación sin pudor» (2:1) que compartirá el destino de todos los demás pueblos– se vuelve hacia el Remanente de ese pueblo culpable. Este no permanecerá disperso: «De la región más allá de los ríos de Etiopía me suplicarán; la hija de mis esparcidos traerá mi ofrenda» (v. 10).

Este pasaje no solo se refiere al Remanente de Judá, sino a *todo el Remanente de Israel* que regresa a la tierra prometida. Cuando el Espíritu de Dios actúe en el corazón de las naciones, «*la hija de mis esparcidos*» de Israel (no *los dispersos*, sino lo que nacerá de ellos por la fe) volverá a Jehová como suplicante y traerá al Remanente como ofrenda a la ciudad del gran Rey. Volverán «de la región más allá de los ríos de Etiopía», del Nilo y del Éufrates, pues había un Cus (o Etiopía) africano y un Cus asiático (vean Is. 66:18-21).

Aprendemos por Isaías 18 que, *antes de ese momento*, la nación –la que aquí se denomina «nación sin vergüenza» (y no el Remanente)– será traída de vuelta a su

país por una potencia marítima, «de la región más allá de los ríos de Etiopía» (18:1). Este regreso de los judíos, de la nación incrédula, que vuelven a Palestina con el apoyo de las naciones, no dará ningún fruto para Dios. No vendrán como suplicantes, movidos por el Espíritu Santo, sino que creerán que recuperan los derechos de su nacionalidad y el resultado será que, al cabo de un tiempo, elegirán al Anticristo como rey. El esfuerzo actual del sionismo por reunir a Israel solo conducirá a este resultado, por lo que Jehová dice: «Me estaré quieto» (v. 4) ante este intento de reconstituir la unidad de la nación *sin Él* [2]. Solo entonces «la ofrenda... del pueblo» (v. 7) será aceptada por Jehová de los ejércitos en el monte de Sion. Cuando se restablezca esta unidad según Dios, la escena de la reintegración tendrá un carácter totalmente diferente. Los supervivientes de Israel anunciarán entre las naciones la aparición de la gloria de Cristo en Sion. Entonces, dice el profeta: «Traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, por ofrenda a Jehová, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en camellos, a mi santo monte de Jerusalén, dice Jehová, al modo que los hijos de Israel traen la ofrenda en utensilios limpios a la casa de Jehová» (Is. 66:20).

[2] En el momento de escribir estas líneas (nota de la primera edición, 1916), la propuesta de reconstituir en Palestina una República judía, bajo los auspicios de Estados Unidos, se extiende de manera persistente. El embajador (judío) de Estados Unidos en Constantinopla parece estar obteniendo la autorización del sultán. Una multitudinaria concentración sionista en Boston declaró: “Hemos llegado al momento psicológico en el que debemos poseer Palestina para establecer allí el nuevo reinado? de David”. (El estado de Israel ha sido finalmente creado en 1948).

«En aquel día no serás avergonzada por ninguna de tus obras con que te rebelaste contra mí; porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte» (v. 11).

En aquel tiempo, cuando el Remanente haya sido traído de vuelta a Jerusalén, esa ciudad donde la iniquidad y el orgullo habitaban y se manifestaban sin vergüenza (vean 2:1; 3:5), donde el adversario de Cristo había establecido su trono, no se avergonzará de todas sus malas acciones, pues Jehová habrá quitado de en medio de ella a los altivos y a aquellos que se adornaban con el nombre de su monte santo para alimentar su orgullo.

«Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre

de Jehová» (v. 12).

Así será el carácter del Remanente de Judá en Jerusalén. El versículo 10 nos había descrito el regreso a su tierra de todo el Remanente, pero, como hemos señalado en otra ocasión, hay que hacer una distinción importante entre el Remanente de Judá y el de Israel. El primero, culpable de la muerte del Mesías, atravesará la gran tribulación; el segundo, castigado y purificado durante su viaje de regreso –como lo fue en su día, en el desierto, el pueblo que salió de Egipto– no regresará “hasta después de la gloria”. Una pequeña parte del primero permanecerá en Jerusalén para sufrir allí, bajo el Anticristo, la persecución y el martirio, y la mayor parte habrá huido más allá de los límites de la tierra de Israel ante la persecución sin precedentes que se denomina la “angustia de Jacob”. De este exilio, durante el cual estará “a salvo”, regresará, como antaño los “supervivientes” de Babilonia, para recibir a su Mesías. Es cuando una parte de este «remanente de la casa de Judá; allí apacentarán; en las casas de Ascalón dormirán de noche» (2:7). Esa será la primera etapa de su restauración. La segunda tendrá lugar cuando el conjunto del Remanente sea traído de vuelta por las naciones como ofrenda a Jehová (3:10); la tercera, una vez alcanzado el objetivo para siempre, cuando el Remanente «dormirá», disfrutando de un descanso definitivo (v. 13). Ese mismo futuro, pero mucho más excelente, espera a la Iglesia, pues será el del *descanso celestial*.

Entonces se cumplirá para el pueblo lo que dicen [Zacarías 10:5-6](#) y [Miqueas 5:5](#); entonces también el Remanente afligido y humillado, que se ha quedado en Jerusalén, se confiará en el nombre de Jehová. Entonces, por fin, cuando los pies de Cristo se posen de nuevo sobre el monte de los Olivos, el pueblo apóstata será arrancado de en medio de Jerusalén y huirá para caer bajo los golpes de la venganza divina, y el Remanente humillado, que habrá permanecido en medio de ella, aclamará por fin a su Rey, tan largamente esperado ([Zac. 14:3-5](#)) [3].

[3] Vean: «El libro del profeta Zacarías», de H. R.

«El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice» (v. 13).

Encontramos aquí la hermosa descripción del estado *moral* del Remanente. Es, por así decirlo, su carácter negativo, tras el carácter positivo descrito en el versículo 12. Allí, está afligido, abatido y confía en el nombre de Jehová; aquí, el dolor y la humillación, unidos a la fe en el nombre de Cristo, a quien verán aparecer en su

gloria como su Salvador, se unirán a la ausencia de pecado en su conducta, a la verdad y a la sinceridad: un contraste absoluto con lo que se verá en sus enemigos (Sal. 120:2). Entonces pastarán y descansarán sin que nadie los asuste. Ya no será un descanso parcial como el del Remanente de Judá (2:7), sino un descanso general del Remanente. Al haber sido aniquilados sus enemigos, toda causa de temor habrá desaparecido y, de ahora en adelante, *nadie* volverá a asustarles.

Todas estas bendiciones, cabe señalar, siguen a la aniquilación de las naciones y del pueblo judío apóstata. Entramos en las bendiciones del Reino milenar. Jehová concede por fin a su pueblo el alimento, el descanso y la seguridad, bajo la guía del soberano Pastor de Israel. Encontramos estas mismas gracias en el [Salmo 23](#): pero con vistas a la travesía por el desierto, al paso por el valle de la sombra de la muerte y ante la persecución de los enemigos. En este hermoso Salmo, la fe anticipa estas bendiciones, en medio de innumerables dificultades, como también vemos al final del profeta Habacuc. En Sofonías, la fe es finalmente recompensada y se convierte *en realidad*. Para el rebaño, comienza el reino de paz. Se le da su pan; ya no ve al pueblo insolente; Jerusalén es una morada tranquila, una tienda que no será trasladada. ¡El Remanente ve al Rey en su belleza! (Is. 33:16, 19-20).

3.3 - La gloriosa restauración del pueblo bajo el reinado del Rey de Israel (v. 14-20)

«Canta, oh hija de Sion; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. Jehová ha apartado tus juicios, ha echado fuera tus enemigos» (v. 14-15).

Al llegar al final de su aflicción y su humillación, y tras haber encontrado por fin un lugar donde alimentarse y descansar, sin nadie que les asuste, Jerusalén e Israel están invitados a prorrumpir en gritos de gozo y a regocijarse con todo su corazón. El profeta Habacuc conocía esa exultación cuando cantaba «sobre *Sigionot*» (3:1), y anticipaba por la fe ese momento glorioso; pero ahora ese descanso ya no es una anticipación; el rebaño de Jehová *ha entrado en él*. La realidad divina supera con creces la esperanza. En el [Salmo 3:5-6](#) y en el [Salmo 4:8](#), David, huyendo de Absalón y atravesando las pruebas más crueles, había podido acostarse, dormirse sin temor y descansar en paz. ¿Cómo será, pues, ese descanso, cuando se disfrute en su realidad todopoderosa? Nuestros gozos cristianos son los mismos, pero con un carácter *celestial*. Descansamos en la esperanza mientras esperamos «el reposo sabático para el pueblo de Dios» (vean [Hebr. 4:9](#)), pero ese descanso *nos pertenece*;

entraremos en él en la resurrección y en poder, después de haberlo saboreado de antemano con la plena certeza de que es nuestro, pues está escrito: «*Entramos en el reposo*» (Hebr. 4:3). La disciplina de Dios hacia su pueblo, los castigos que tuvo que infligirles para hacerlos partícipes de su santidad, todo eso habrá quedado atrás para siempre. «Jehová ha apartado tus juicios»; «ha echado fuera tus enemigos» (3:15); el Enemigo: no solo las naciones hostiles, sino el Anticristo que ha llevado al pueblo a su ruina, y el mismo Satanás, el gran Enemigo del pueblo de Dios.

«Jehová es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal» (v. 15).

Aquel que antes era *como un Juez* en medio de Jerusalén (v. 5) está ahora en medio de ella *como su Rey*. Es más aún, está en medio de ella *como su Dios* (v. 17). ¡Qué privilegio! ¿Cómo “temería Sion, y se debilitarían sus manos”? Ya no es el Dios del Sinaí, dispuesto a habitar en Jerusalén, «en medio de pueblo que tiene labios inmundos» (Is. 6:5), el Dios cuya presencia debía ser para Israel un juicio perpetuo; no, este Rey, este Dios, es el *Salvador* de su pueblo: «Jehová está en medio de ti, poderoso, él *salvará*» (v. 17).

En Sofonías, al igual que en otros profetas, no se habla de *la obra* que Él ha hecho y sobre cuya base pueda establecerse la bendición milenaria. Nuestro profeta no aborda este tema; solo muestra a Jehová restaurando a Israel, tras una obra de arrepentimiento en el corazón del Remanente, llamado en otro pasaje «los que iban siendo salvos» (Hec. 2:47). Para crear un pueblo nuevo, digno del esplendor de su reino, él toma a los pobres del rebaño. «Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor» (1 Sam. 2:8). «No apartará de los justos sus ojos; Antes bien con los reyes los pondrá en trono para siempre, Y serán exaltados» (Job 36:7).

En esta posición bendita, el Remanente, el «todo Israel» de Romanos 11:26, está en plena comunión con su rey y su Salvador. «En aquel tiempo se dirá a Jerusalén: No temas; Sion, no se debiliten tus manos. Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos» (v. 16-17).

El Remanente descansa: su Rey descansa; el Remanente se regocija de todo corazón: su Salvador se alegra con gozo por él; el Remanente lanza gritos de triunfo: su Salvador se regocija en él con cánticos de triunfo. Ellos se regocijan por el triunfo *que Él* ha obtenido; Él se regocija por haberlo obtenido *para ellos*. Estos sentimientos son recíprocos. Ya no es un «gozo inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8) como en Habacuc (3:18) en medio de circunstancias adversas. El gozo estará a la altura de las circunstancias

del glorioso reinado de Cristo. Ya no habrá contrastes, ni sufrimientos, ni oprobio, ni angustia: el equilibrio está perfectamente establecido entre el estado del corazón de los fieles y su entorno; y mucho más aún, entre sus sentimientos y los sentimientos de su Salvador. Su felicidad depende por completo de Él; él es poderoso, es el Salvador; se regocija por aquellos a quienes ha salvado, tras haberlos protegido tan manifiestamente durante los días de su angustia. Es *la liberación definitiva*: en el pasado era Juez (v. 5), ahora es Triunfador y Salvador para siempre.

Cuando descansemos, él también descansará. Hoy sigue trabajando y nosotros trabajamos con él. Mañana Sion será su descanso para siempre (Sal. 132:14); mañana, su Iglesia, su Esposa celestial, la Nueva Jerusalén, será también su descanso. Verá el fruto del trabajo de su alma y quedará plenamente satisfecho (Is. 53:11).

Encontramos aquí un pensamiento aún más precioso: «Se gozará *sobre ti con alegría*» (3:17), esa será su parte, *solo para él*. Es el descanso de Cristo en todos los frutos de la inmensa obra que su amor ha emprendido. A partir de ahora tendrá todo lo que su corazón tanto ha deseado: una Esposa (aquí la Esposa judía) adquirida al precio de sus sufrimientos, por la cual ha sacrificado su propia gloria, sentada ahora en el centro de la gloria reconquistada por él, como hombre. «Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzi-bá, y tu tierra, Beula; porque el amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada. Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo» (Is. 62:4-5). «Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía... Cuánto mejores que el vino tus amores» (Cant. 4:9-10). Para conquistar Jerusalén, sufrió y luego libró en solitario la batalla contra todas las naciones. Para conquistar a su Iglesia, al morir en la cruz, triunfó él solo sobre el Príncipe de este mundo, sobre el mismo Satanás. ¡Su sacerdocio también se ha dedicado por completo a purificar a su Esposa en el camino, para presentársela, según todos los deseos de su corazón, sin mancha ni arruga, santa y sin defecto, y poseerla para siempre!

«Reuniré a los fastidiados por causa del largo tiempo; tuyos fueron, para quienes el oprobio de ella era una carga» (v. 18).

El versículo 18 describe un rasgo adicional del “Remanente de Jerusalén” que ya habíamos visto «humilde y pobre» en el versículo 12. Se trata de aquellos «que se afligen por las fiestas señaladas» (LBLA). En medio de la angustia, ni ellos ni el Remanente judío que huía tenían ya el privilegio de una reunión general del pueblo. Privados de la Pascua y de la fiesta de los Tabernáculos, sus relaciones públicas y

directas con Dios se habían interrumpido. Expulsado de Jerusalén, el Remanente fiel decía: «Mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios? Me acuerdo de estas cosas, y derramo mi alma dentro de mí; de cómo yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa de Dios, entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta» (Sal. 42:3-4). En Jerusalén, tras un período de relativa calma, habían visto la abominación de la que habla el profeta, establecida en el templo, y habían huido. El culto había cesado, el sacrificio continuo había sido suprimido (Dan. 8:11). Sin embargo, privados de todo aquello que, en el pasado, había sido motivo de su gozo, eran de Jerusalén, los verdaderos hijos de la ciudad de Dios, como se dice aquí: «*Tuyos fueron*», en contraste con el pueblo del Anticristo. El Salmo 87 nos dice: «Este (Cristo) y aquél (el Remanente fiel) han nacido en ella» (Sal. 87:5). Pero estaban marcados en la frente «a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella» (Ez. 9:4). «El oprobio de ella era una carga» (v. 18), tal y como había pesado sobre su Mesías (Sal. 69:19). Pero Jehová declara que los reunirá, mientras que la “nación sin vergüenza” se había negado a reunirse para humillarse ante Dios. Los reunirá y se pondrá a la cabeza de ellos como Pastor del rebaño (Miq. 2:12-13).

«He aquí, en aquel tiempo yo apremiaré a todos tus opresores; y salvaré a la que cojea, y recogeré la descarriada; y os pondré por alabanza y por renombre en toda la tierra» (v. 19).

El Pastor de Israel interviene: la angustia y la dispersión, fruto de su infidelidad, no son ya más que un recuerdo. Lo mismo ocurrirá con la Iglesia, actualmente dispersa por todas partes como consecuencia de su infidelidad. El Señor la reunirá en un abrir y cerrar de ojos y la llevará a las moradas celestiales, donde ya no habrá más que un solo rebaño, un solo «Gran Pastor de las ovejas» (Hebr. 13:20). ¡Cuánta compasión, cuánto amor hay en ese corazón a la vez divino y humano! Los enfermos son objeto de su solicitud; él es el Médico soberano, al igual que es el buen Pastor. Salvará a la oveja que cojeaba, pues conoce el remedio para curarla. Tendrá un refugio para la que fue expulsada, y *él mismo* será ese refugio: «Yo la recogeré». Las naciones se habían aliado para atormentarlas, humillarlas, “cubrir las de vergüenza”: «En aquel tiempo yo os traeré, en aquel tiempo os reuniré yo; pues os pondré para renombre y para alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando levante vuestro cautiverio delante de vuestros ojos, dice Jehová» (v. 20).

El profeta Miqueas anuncia lo mismo: «Pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion desde ahora y para siempre» (Miq. 4:7). Este nombre, esta alabanza, no solo les serán

pródigos en los países a los que habían sido expulsadas: por todas partes, entre todos los pueblos de la tierra, se extenderá la fama del pueblo de Jehová, cuando «levante vuestro cautiverio».

«¡Reuniré!» ¡Qué perspectiva tan maravillosa para nosotros, los cristianos, así como para Israel! Actualmente cubiertos de vergüenza, justa consecuencia de nuestra infidelidad, dispersados por nuestra propia culpa, cuando el objetivo de la muerte de Cristo era reunirnos en uno solo, esperamos en la humillación y, esperémosle, en un verdadero arrepentimiento, nosotros que hemos traído tanta deshonra sobre el nombre de nuestro Salvador. Pero he aquí que un grito llega a nuestros oídos: ¡el día de la reunión comienza a amanecer! La Estrella de la mañana (Jesús que viene en gracia) ilumina nuestros corazones. Va a aparecer *en el cielo*. Tras ella, se levantará el Sol de justicia que iluminará la *tierra y el cielo*. Así cuando «levante el cautiverio» de Israel, ¡también «levantará» el nuestro!

Con este maravilloso cuadro de comunión, gozo, triunfo, alabanza y descanso glorioso, definitivo y eterno, se cierra el libro de Sofonías. Si bien es testigo del pecado de Israel, también lo es de su restauración, de su *regeneración*, de esa nueva condición en la que entrará un pueblo nuevo, surgido del seno del amanecer. ¡La Iglesia también entrará en ella, cuando los santos brillen como el sol en el reino de su Padre!